

He decidido declararme marxista (volumen 1)

Jon Lee Anderson

Prólogo[1]

Al igual que los novelistas suelen referirse al escritor para escritores, en el sentido del autor venerado por sus colegas, sea cual fuere el lugar que ocupa su obra en la estima del lector general, también cabe referirse al periodista para periodistas, el que para los otros, al margen de su amplio o reducido favor entre el público, produce un modelo de buen hacer; el que se recomendaría estudiar con especial esmero a los jóvenes que acaban de iniciarse en la profesión. Y en esta época, cuando impera la lamentable paradoja de que el reportaje casi nunca antes ha sido mejor, pero la perspectiva de publicarlo en algún otro medio que no sea el de las propias redes sociales casi nunca ha sido peor, un conjunto de periodistas extraordinarios merece el especial reconocimiento de «periodistas para periodistas». En francés pienso en Rémy Ourdan, de *Le Monde*, en tanto que en español se me ocurre inmediatamente Hugo Alconada Mon, el periodista de investigación argentino. Pero si me viera injustamente obligado a nombrar a un solo escritor del ámbito anglosajón que actualmente merezca dicho título, este sería Jon Lee Anderson.

Desde sus primeros reportajes en Perú a finales de los setenta, cuando apenas contaba con veinte años, Anderson

ha informado desde América Latina, Europa, África y Oriente Próximo. A sus colegas y amigos, entre los que tengo el privilegio de contarme, nos ha parecido alguien en perpetuo movimiento: en Argentina una semana, en Oriente Próximo apenas unas semanas más tarde, en África al cabo de un mes. Pero se trata de un movimiento perpetuo de disciplinada determinación. Anderson sabe mucho, pero su sensibilidad política e histórica y su arrojo físico —ha informado desde algunos de los lugares más peligrosos del mundo, desde las guerras de Afganistán, Irak y Somalia, hasta desde entornos en alguna medida mucho más arriesgados, como los barrios marginales de Haití y el medio de los narcotraficantes mexicanos— se aúnan en lo que me parece su mayor talento como reportero: su capacidad de mantenerse receptivo. Esta cualidad, en mi opinión, permite explicar por qué tras más de cuatro decenios de dedicación, la obra de Anderson conserva una frescura que pocos entre nosotros conseguimos apenas retener en igual grado. El manido elogio que las personas mayores suelen dispensar a los jóvenes es que son maduros para su edad. En el caso de Anderson es casi lo contrario, el de su juventud pese a los años.

Sea cual fuere la causa, y sin perder nunca su orientación moral, Anderson ha sido capaz de persuadir a algunas de las peores y más peligrosas personas del mundo no solo de hablar con él, sino de confiarle cosas de las cuales, en cuanto se publicaba la crónica —en la revista *The New Yorker* de cuya plantilla es parte desde hace veinticinco años—, seguramente se habrán arrepentido. Pinochet habló con él, al igual que Charles Taylor, el homicida dictador liberiano. Un general boliviano le reveló dónde estaba enterrado el cuerpo del Che Guevara, lo cual sin duda era secreto de Estado en aquel tiempo. Y contra todo pronóstico

desde entonces, ya que al margen del provocador título que ha dado a esta esperada antología en español de su obra, Anderson dista mucho en el fondo de ser un compañero de viaje comunista —pues su retrato del hombre fuerte de Venezuela, Hugo Chávez, concitó la ira de la izquierda tanto en Estados Unidos como en América Latina—, la viuda del Che, Aleida, se sinceró con él, abriendo con ello la puerta para que Anderson escribiera su extraordinaria biografía, *Che Guevara: Una vida revolucionaria*.

En una ocasión Anderson intentó explicar a un entrevistador su capacidad insólita y un tanto inquietante —quizás incluso para el propio Anderson— de suscitar que los criminales de guerra y los tiranos de autor se sintieran cómodos con él, aduciendo que podían percibir lo bien que comprendía «cómo podemos llegar a ese instante en que cometemos actos violentos», e incluso que a veces él mismo sentía como si «yo fuera absolutamente capaz de cometerlos». Hasta qué punto sus lectores han de tomárselo en serio es otro asunto. Me parece más medular algo que Anderson ha afirmado aparte sobre su propia obra: ha buscado muy a menudo a los perpetradores, en lugar de hacerlo primero con sus víctimas, porque «lo primero que me interesa es saber por qué se perpetra la violencia». Incluso en sus artículos, Anderson no moraliza. Habrá quienes se sientan inclinados a criticarlo por ello, pero esto me parece de mucho mayor valor en nuestro mundo, donde actualmente la moralización indigna y el alardeo moral aún más indigno son requisitos prácticos para ser publicado: desvela a sus lectores la información necesaria para que puedan moralizar. El tópico más rancio afirma que los periodistas son testigos de los acontecimientos; puede parecer a casi todos un anacronismo y acaso, en efecto, un solecismo moral. Pero el

cometido del periodismo bien hecho consiste ciertamente en ser un testigo y no un fiscal; y en ese sentido Anderson, a diferencia de innumerables colegas, se ha mantenido fiel a su vocación.

A pesar de que Anderson ha titulado esta antología *He decidido declararme marxista*, en referencia a una entrada del diario de su adolescencia, y a pesar de que nos conocemos desde hace mucho tiempo, sigo sin conocer realmente sus convicciones políticas. Lo leo como si hubiera evolucionado durante estos decenios desde algún sector de la izquierda ortodoxa hasta algún sector de la izquierda escarmentada; escarmentada pero todavía optimista en algún sector, a pesar de todo. Puesto que Anderson ha estado en muchos de los peores lugares del mundo, y sabe muy bien cuán crueles y despiadados pueden ser los seres humanos —sobre todo los seres humanos en grupo—, que haya logrado seguir albergando la esperanza transcurridos tantos años y habida cuenta de todo lo que ha visto, y con lo cual me refiero no solo a los horrores sino a las decepciones, entre ellas —¿me atrevo a decirlo?— las del marxismo, es un mérito no solo periodístico sino moral. Por ello, al margen de la infamante situación sobre la que nos esté informando, hay algo paradójicamente animoso en su obra. Como escritor cuyo cometido en esta tierra parece haber sido el de deprimir a los lectores con mi desesperanza, es una cualidad que a un tiempo envidio y admiro. Pues, ¿qué puede impresionar más en un escritor que, aun siendo plenamente consciente de la realidad terrible del estado del mundo, no reniega de su fe en el mundo?

No cabe duda de que a veces el frío desapasionamiento de Anderson casi puede resultar ultramundano. Pero ello, me parece, se debe a que él es plenamente global, en el sentido

biográfico de ser alguien que, habiéndose criado en todo el orbe, es oriundo de algún lugar del intelecto y la experiencia, pero de ningún lugar de la geografía. Nacido de un padre agrónomo que trabajaba para el servicio exterior estadounidense, y de una madre escritora que también había pasado buena parte de su vida fuera de Estados Unidos, Anderson tenía dos años cuando su familia se trasladó a Corea...